

ración á impedir un tumulto que no existía, ó mejor á provocarlo inconscientemente.

Aquellas fuerzas fueron acogidas á su paso con silbidos y denuestos, y tal cual piedra y aún con algún tiro de pistola, de modo que más de una vez la guardia nacional hizo fuego al aire para poner en fuga á los que se entregaban á tan censurables demostraciones; mas, cuando habiendo ido arrollando á la multitud al pié del altar de la federación, se vió ésta acorralada, fuera por iguales manifestaciones, fuera que un terror pánico la moviera en ademán amenazador, ó por cualquiera otra causa, lo cierto es que la guardia nacional fusiló verdaderamente á los allí reunidos, y aún las desgracias hubieran sido mayores, si al ver Lafayette que la artillería se dis-

ponía á ametrallar al pueblo, no hubiese á toda brida puesto su caballo á boca de los cañones, y si los batallones que estaban apostados en la Escuela Militar no hubiesen defendido á la multitud que huía despavorida contra la caballería que corría detrás de ella para acuchillarla. Bailly felicitó calurosamente á aquellos batallones por sus sentimientos humanitarios. Y, sin embargo, ¿quién lo creyera cuando tan liberal, tan prudente y noble había sido la conducta de Bailly y Lafayette, Bailly tuvo la debilidad de querer convertirse en héroe de la jornada del 17, diciendo en un informe á la Asamblea del día siguiente, que todo lo había dispuesto la municipalidad incluso el hacer fuego. Dos años más tarde pagaba este momento de debilidad con su cabeza.



CAPITULO XII

LA INTERVENCIÓN EXTRANJERA

Consecuencias inmediatas de la fuga del rey.—Reacción en la Asamblea y en el país.—Trabajos para constituir un partido realista liberal: el abate Louis.—Intransigencia de los ultras.—El club de los Feuillants.—Inútiles esfuerzos para disolver á los Jacobinos.—Restauración del partido republicano.—Concéntranse los emigrados en Coblenz.—Emigración de los militares.—Nuevo espíritu militar.—El rey de Suecia se prepara para invadir la Francia.—Oposición general á la intervención extranjera.—Situación de la política europea.—Grandes trabajos de Sybel para ilustrarla.—Por qué el emperador no cerraba la paz con la Puerta.—Política del emperador.—Resuelve la Puerta salir de su situación.—Inglaterra y Prusia se arman.—Necesidad de un cambio en la política imperial.—Aliase con Prusia.—Entera Prusia á Inglaterra de la nueva actitud de Austria.—Inglaterra se une á la Puerta.—Como venían á unirse Austria é Inglaterra.—Rusia es amenazada.—Situación de Polonia.—Carácter del rey Estanislao.—El partido patriota.—Los Campesinos.—La nobleza: su desmoralización.—Irritación de Polonia contra Prusia.—Proyectos de Austria.—Acéptalos el rey Estanislao.—Golpe de Estado polaco del 3 de Mayo de 1791.—Declárase la corona de Polonia hereditaria en la casa de Sajonia.—Protestas del partido ruso.—Efecto que causó en Berlín y San Petersburgo.—Política prusiana.—Recelos de Austria.—Instan los emigrados la intervención.—Actitud de las potencias respecto de la intervención.—Actitud del emperador.—Circular del emperador á las potencias con motivo de la fuga del rey Luis XVI.—Estréchanse las reclamaciones entre Prusia y Austria.—El príncipe Reuss en Berlín.—Proyectos del emperador.—Prusia no quiere la demostración armada sino la intervención.—Proyectos de Prusia.—Quiere el emperador salvar la integridad de Francia.—Rompe sus conciertos con Prusia.—Aconseja la unión en París.—Rusia hace la paz con la Puerta.—Rusia y Polonia.—Situación de Polonia.—Actitud de Catalina II.—Rompe con Francia.—Política de agitación.—Se concierta con el rey de Suecia.—El conde de Artois en Viena.—Disgusto del emperador.—Ofrécele á éste la Lorena.—Irresolución de Kaunitz.—La reunión de Pillnitz.—Memoria del conde de Artois.—Recházala indignado el emperador.—Intervención de Calonne.—Declaración de Pillnitz de 27 de Agosto de 1791.—Discúlpase el emperador por ella con su ministro Kaunitz.—Carta del emperador al conde de Artois.—Planes reservados del emperador.—Consecuencias de la declaración de Pillnitz.

CONTRA, pues, lo que era de esperar la escapatoria de Luis XVI había producido de momento, para éste, resultados satisfactorios. Habíase derramado la sangre del pueblo, el partido republicano se había desecho, sus jefes unos estaban escondidos, otros andaban fugitivos, Robespierre protestaba de que nunca lo había sido y elogiaba la enérgica actitud de la Asamblea, Desmoulin suspendía su diario y la señora de Roland misma lo estimó todo perdido. La Asamblea se

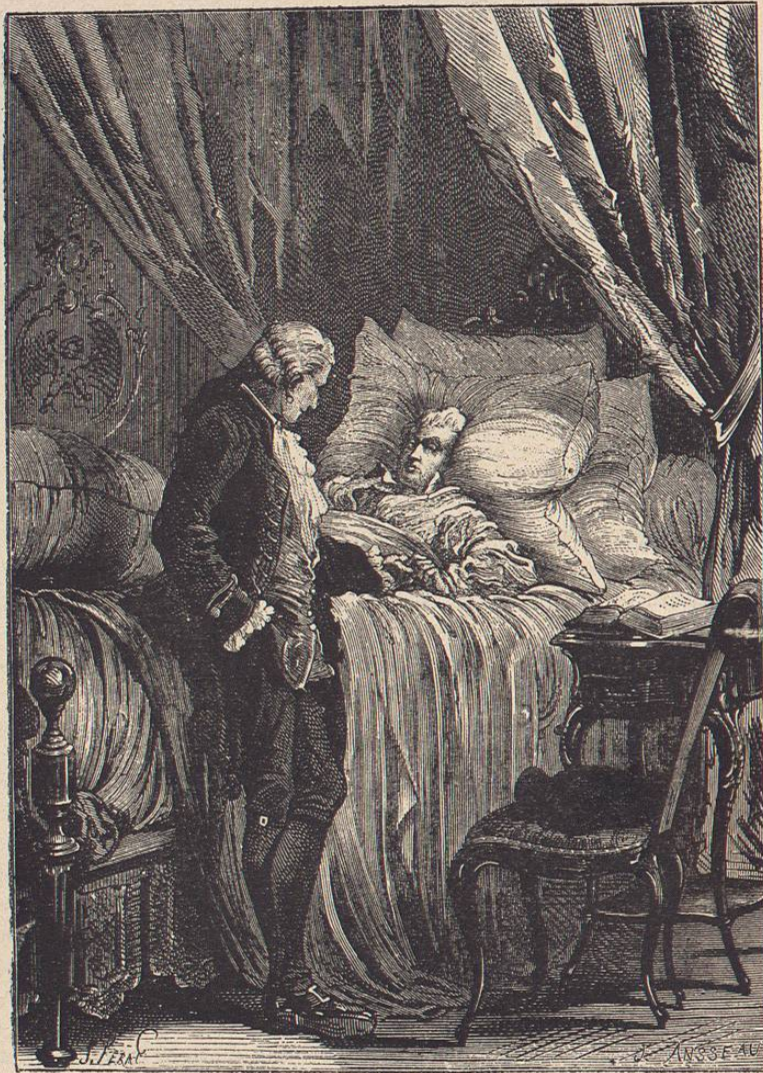
había impuesto y podía mandar con seguridad de ser obedecida. Ahora sólo lo que debía procurarse era no extremar el rigor; convencer á las provincias de la necesidad de lo que se había hecho, y establecer la concordia y la armonía entre todos los miembros de la Asamblea, deseosos de conservar la dinastía y el trono unidos á la Constitución. Este sencillo programa era, sin embargo, irrealizable.

La Asamblea no se mostró dura, ni cruel, ni inquisitorial con los republicanos. No los temía y

los despreciaba. No se preocupó tampoco en punto á explicar lo ocurrido, desde el momento en que Bailly aceptó la responsabilidad de todo, y esto dió ya motivo para que la provincia se preguntara si se podía consentir que se fusilara en París á los pacíficos ciudadanos que con razón firmaban una petición para que la Asamblea reconociera un error, pues, si

protestaban contra el decreto del 15 era porque en el fondo lo reputaban en pugna contra la voluntad de la nación, y si lo reputaban además ilegal, era porque se había tomado faltando á la sesión 290 diputados de la derecha.

En punto á la unión esta se intentó en vano. A pesar de haberse mandado un hombre tan hábil



Mirabeau y Cabanis

y moderado á Bruselas como el abate Louis, que tan famoso había de hacerse como ministro de la restauración, á fin de procurar una inteligencia con los emigrados, estos considerándose ya triunfantes no sólo porque creían que la contrarrevolución había ya principiado, sino por el apoyo del extranjero negáronse á todo acomodamiento. De modo que otra vez la intransigencia de los realistas impedía á los realistas liberales continuar su obra de aliar la monarquía y los borbones con la libertad.

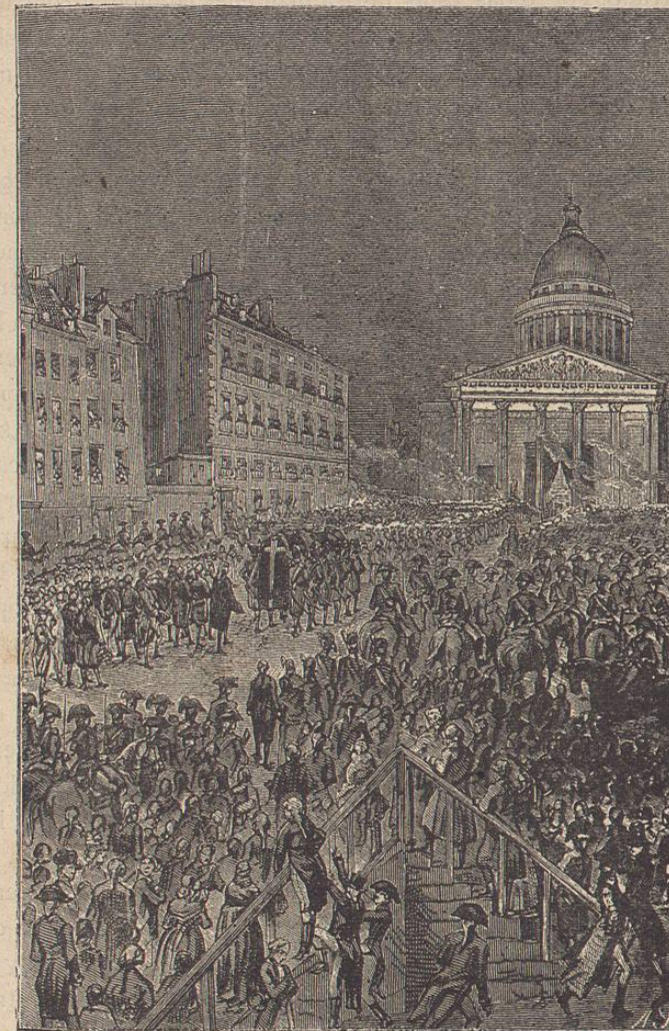
Otra intransigencia produjo también efectos terribles é inmediatos.

Matar el club de los Jacobinos hubo de ser desde luego la idea de los que habían triunfado. Había demasiada levadura republicana en él y era necesario prevenir sus efectos. Pidióse la disolución, el cierre del club. Duport se opuso. Entonces todos los diputados de la mayoría que de él formaban parte se retiraron del mismo y abrieron el club de los Feuillants en un magnífico convento de este

nombre que venía á caer dentro de la actual calle de Rívoli y plaza Vendome.

Los Feuillants principiaron por negar la entrada á todos los que no fueran ciudadanos activos, es decir, que no pagaran contribución, y como en los Jacobinos hubo quien vió claro que esta disposición salvaba á los Jacobinos y les mantenía su populari-

dad en provincias, esta disposición se hizo valer para desautorizar á los que se retiraban diciendo de ellos que nada querían tener de común con los pobres. Desde este momento, en vano los Feuillants trabajaron para hacerse suyas las sociedades afiliadas de provincia, estas permanecieron en la inmensa mayoría adictas á los Jacobinos, y estos volvieron á



Fúnerales de Mirabeau

levantar la cabeza, cuando todos creían que la habían perdido en el campo de Marte.

A esta restauración pronta y rápida del partido republicano contribuyó también poderosísimamente la actitud de las potencias europeas, para quienes la suspensión de Luís XVI después de su fuga, constituía un acto gravísimo, y si aún los pueblos no se sentían solidarios, los reyes de Europa comprendían de sobras que lo que ocurría en París les interesaba igualmente que á los reyes de Francia, pues demostrado que fuera que su derecho divino y su

inviolabilidad no les absolvía de toda clase de responsabilidades, podrían los pueblos dar en la manía de exigírsela en todas partes, poniendo por do quiera en peligro la seguridad del trono y de las dinastías. Intervenir de una manera que salvara en Francia el prestigio de la monarquía y de la realeza, era la preocupación constante de los monarcas más activos de Europa.

Ibase allá en Coblentz concentrándose poco á poco un verdadero ejército francés de emigrados, pues al abandono de los oficiales de sus puestos su-